Versión para el Seminario de Mujeres 2023

Por un decrecimiento justo y ecosocialista

Manifiesto del marxismo revolucionario en la era de la destrucción ecológica y social capitalista

1. La necesidad objetiva de una revolución ecosocialista, antirracista, antimilitarista, anticolonialista y feminista.

2. La locura del militarismo y el imperialismo en un planeta en crisis

3. El mundo por el que luchamos

4. Nuestro método transitorio

Por un programa anticapitalista de transición

5. Líneas maestras de un programa global de decrecimiento ecosocialista

5.1. Compartir la riqueza para cuidar gratuitamente de los seres humanos y de nuestro entorno vital

5.2. Expandir los bienes comunes y los servicios públicos contra la privatización y la mercantilización

5.3. Eliminar las actividades económicas innecesarias o perjudiciales

5.4. Salir de la agroindustria, la pesca industrial y la industria cárnica

5.5. Salir de los combustibles fósiles y de la energía nuclear lo antes posible, socializar la energía y la financiación sin compensación ni rescate.

5.6. Garantizar el empleo para todos, asegurar el reciclaje necesario en actividades ecológicamente sostenibles y socialmente útiles.

5.7. Trabajar menos, vivir y trabajar mejor, y vivir una buena vida

5.8. Garantizar el derecho de las mujeres sobre su propio cuerpo

5.9. Internacionalismo: contra imperialismos y nacionalismos, imponer la justicia climática

5.10. Fomentar una revolución cultural basada en el respeto cuidadoso de los vivos y el "amor a la Madre Tierra".

6. El programa ecosocialista en los países dominados

6.1. Planes públicos para proteger a las clases populares contra los efectos del cambio climático

6.2. La necesidad de un modelo de desarrollo alternativo

6.3. Las multinacionales, los Estados imperialistas y las "élites" locales deben pagar la factura

6.4. Autoorganización de las luchas populares y lucha por la democratización

6.5. Control público y protección de los recursos naturales. Deforestación cero. Respeto a los pueblos indígenas.

6.6. No al agronegocio. Soberanía alimentaria y reforma agraria
6.7. Programa de construcción de viviendas sociales y reforma urbana popular
6.8. Descolonización del conocimiento, reforma del sistema educativo

7. A contracorriente, hacer converger las luchas para romper con el productivismo capitalista. Tomar el gobierno, iniciar la ruptura ecosocialista basada en la autoactividad, la autoorganización, el control desde abajo, la democracia más amplia...

Introducción

Nuestra época es de crisis histórica para la alternativa socialista. La propuesta de una sociedad socialista, como respuesta a la barbarie destructiva del capitalismo, ha perdido gran parte de su credibilidad.

Una de las principales razones de esta crisis es el fracaso de los proyectos que se pretenden socialistas en el siglo XX, ya sea en la forma socialdemócrata -que nunca se atrevió a cuestionar el sistema capitalista- o en el "socialismo real" de la URSS, donde la revolución de 1917 fue traicionada por la dictadura de una casta burocrática dirigida por José Stalin. Lo que también tienen en común el estalinismo y la socialdemocracia es su total abandono de la cuestión ecológica, en favor de una política de "crecimiento" a toda costa, que conduce a considerables desastres medioambientales.

Si la IV Internacional publica este Manifiesto en 2025, es porque estamos convencidos de que una revolución socialista es más necesaria que nunca, no sólo para acabar con el poder de los parásitos explotadores, sino también para salvar a la humanidad de una catástrofe ecológica sin precedentes en la historia de la humanidad. Estos dos objetivos están inextricablemente unidos.

Sin embargo, el socialismo que proponemos es radicalmente distinto de los modelos que dominaron el siglo pasado: es revolucionario, democrático, feminista, antirracista, anticolonialista y ecológico. Utilizamos el término ecosocialismo desde hace algunas décadas, porque estamos convencidos de que los desafíos planteados por la crisis ecológica exigen una reformulación del proyecto socialista. La relación con nuestro planeta, la superación de la "grieta metabólica" (Marx) entre las sociedades humanas y su entorno vital, y el respeto del equilibrio ecológico del planeta no son sólo capítulos de nuestro programa y estrategia, sino su hilo conductor.

Sin abandonar nunca las conquistas del marxismo revolucionario, que siempre han inspirado la acción y el pensamiento de la IV Internacional, intentamos, en este Manifiesto Ecosocialista, contribuir a formular una perspectiva revolucionaria capaz de hacer frente a los desafíos del siglo XXI. Una perspectiva que se inspire en las luchas sociales y ecológicas, y en las reflexiones críticas genuinamente anticapitalistas que se están desarrollando en todo el mundo.

1. La necesidad objetiva de una revolución ecosocialista, antirracista, antimilitarista, anticolonialista y feminista.

El capital triunfa, pero su triunfo lo sume en las contradicciones insalvables puestas de relieve por Marx. Frente a ellas, Rosa Luxemburgo lanzó su advertencia en 1915: "Socialismo o barbarie". La actualidad de esta advertencia es más candente que nunca, ya que la catástrofe que crece a nuestro alrededor no tiene precedentes. A las plagas de la guerra, el colonialismo, la explotación, el racismo, el autoritarismo, las opresiones de todo tipo, se añade de hecho una nueva plaga, que agrava todas las demás: la destrucción acelerada por el capital del medio natural del que depende la supervivencia de la humanidad.

Los científicos identifican nueve indicadores globales de sostenibilidad ecológica. Se estiman límites de peligrosidad para ocho de ellos. Debido a la lógica capitalista de acumulación, ya se han traspasado al menos seis: clima, biodiversidad, uso del suelo, residuos plásticos, agua dulce y ciclos del nitrógeno y el fósforo. El sistema global de sustento de la vida está destrozado. Los pobres son las principales víctimas, sobre todo en los países pobres.

Bajo el látigo de la competencia, la gran industria y las finanzas refuerzan su dominio despótico sobre las personas y la Tierra. La destrucción continúa, a pesar de los gritos de alarma de la ciencia. El afán de lucro, como un autómata, exige siempre más mercados y siempre más mercancías, de ahí más explotación de la fuerza de trabajo y saqueo de los recursos naturales.

El capital legal, el capital criminal y la política burguesa están cada vez más entrelazados. La Tierra es comprada a crédito por los bancos, las multinacionales y los ricos. Los gobiernos estrangulan cada vez más los derechos humanos y democráticos mediante la represión brutal y el control tecnológico. Un nuevo fascismo ofrece sus servicios para salvar el sistema mediante la mentira, el racismo, el sexismo y la demagogia social.

Decir que las fronteras de la sostenibilidad también se traspasan en el plano social es quedarse corto.

Con sus yates, sus jets, sus piscinas, sus todoterrenos, sus joyas, su *alta costura* y sus lujosas casas en los cuatro puntos cardinales, el 1% más rico posee nada menos que el 50% de la población mundial. La "teoría del goteo" es un mito. La pobreza aumenta incluso en los países "desarrollados". Los ingresos laborales se reducen sin piedad, las protecciones sociales -allí donde existen- se desmantelan. La economía capitalista flota en un océano de deuda, explotación y desigualdades.

La injusta distribución de los recursos genera desastres ambientales entre los diferentes grupos étnico-raciales. Las personas negras y racializadas son las que suelen habitar los territorios más afectados por la contaminación, con mayor concentración de basura, así como zonas de riesgo carentes de planificación urbanística como laderas y colinas. El racismo ambiental es otro retrato de la exclusión que el capitalismo impone a las personas racializadas y pobres.

Las desigualdades y la discriminación afectan sobre todo a las mujeres, que siguen asumiendo la mayor parte del trabajo de cuidados, ya sea gratuito o remunerado. Sólo reciben el 35% de los ingresos laborales. En algunas regiones del mundo (China, Rusia, Asia Central), su parte disminuye, a veces de forma significativa. Más allá del trabajo, las mujeres son agredidas en todos los frentes como mujeres: desde las violencias sexistas y sexuales hasta el derecho a la alimentación, el derecho a la educación, el derecho a ser respetadas y el derecho a controlar su propio cuerpo.

Mientras se descarta a los ancianos, se mutila de antemano la vida de las generaciones futuras. La mayoría de los padres ya no creen que sus hijos vivirán mejor que ellos. Un número creciente de jóvenes observa con pavor, rabia o tristeza la destrucción de su mundo, violado, destripado, ahogado en hormigón, engullido en las frías aguas del cálculo egoísta.

Las plagas del hambre, la inseguridad alimentaria y la malnutrición habían remitido a finales del siglo XX; ahora vuelven a estallar como resultado de una catastrófica convergencia de neoliberalismo, militarismo y cambio climático: casi una de cada diez personas pasa hambre, casi una de cada tres sufre inseguridad alimentaria, más de tres mil millones no pueden permitirse una dieta sana. Ciento cincuenta millones de niños menores de cinco años sufren retraso en el crecimiento debido al hambre.

La promesa de un mundo en paz se evapora. Aumentan los conflictos regionales. Los gastos militares siguen creciendo. En 2021, superarán por primera vez la barrera de los 2 billones de dólares, incluidos más de 800.000 millones para el ejército estadounidense. Se agudiza la rivalidad interimperialista entre EEUU y China. Una confrontación nuclear mundial entre estas potencias y sus respectivos aliados significaría el fin de la historia de la humanidad. Los círculos capitalistas dominantes no lo desean, pero cada vez son menos capaces de impedirlo.

La Tierra puede proporcionar a todos una buena vida, pero el capitalismo es un modo de depredación machista, racista, guerrero, autoritario y mortal. El productivismo es destructivismo. En dos siglos, ha llevado a la humanidad a un profundo callejón sin salida ecosocial.

El cambio climático es el aspecto más peligroso de la destrucción ecológica, es una amenaza para la vida humana sin precedentes en la historia. La Tierra corre el riesgo de convertirse en un páramo biológico inhabitable para miles de millones de pobres que no son responsables de este desastre. Para detener esta catástrofe, debemos reducir a la mitad las emisiones mundiales de dióxido de carbono y metano antes de 2030, y anularlas antes de 2050. Así que, como prioridad,

desterremos los combustibles fósiles, la agroindustria, la industria cárnica y la hipermovilidad... es decir, produzcamos menos a nivel mundial.

Por un lado, la locura de la acumulación capitalista obliga a la humanidad a organizar urgentemente un decrecimiento global del consumo final de energía y, por tanto, de la producción material y del transporte. Por otro lado, tres mil millones de personas, la mayoría en el Sur, viven en condiciones espantosas, debido al capitalismo y al imperialismo. La justicia exige que ciertos tipos de producción crezcan para satisfacer sus enormes necesidades insatisfechas: buenos sistemas de salud, viviendas decentes, buena alimentación, buena educación, transporte público, seguridad social para todos...

¿Existe una salida a esta contradicción? Sí, la hay. El impacto climático de este tipo de producción -especialmente cuando es planificada y asumida por el sector público- es mucho menor que el de la producción destinada a satisfacer las necesidades de los ricos mediante la ciega competencia del mercado por el beneficio. El 1% más rico emite casi el doble de CO2 que el 50% más pobre. Los pobres emiten mucho menos de 2-2,3t de CO2 por persona y año (el volumen medio a conseguir en 2030 si queremos alcanzar las emisiones netas cero en 2050 con una probabilidad del 50%). Proporcionarles lo que necesitan apenas multiplicaría esta cifra por tres. Pero entonces la restricción climática obligaría al 1% de ricos a dividir sus emisiones por treinta en pocos años. Sin embargo, ¡se niegan a hacer el menor esfuerzo! Al contrario: ¡quieren cada vez más privilegios!

Los gobiernos se han comprometido a mantenerse por debajo de +1,5 °C, a mantener la biodiversidad, a alcanzar los diecisiete (¡muy insuficientes!) Objetivos de Desarrollo Sostenible (ODS) y a respetar el principio de "responsabilidades y capacidades comunes pero diferenciadas" en la crisis ecológica, al tiempo que producen cada vez más cosas, utilizan cada vez más energía. Queda excluido que estas promesas combinadas estén en manos del capital. Los hechos lo demuestran:

- Treinta y tres años después de la Cumbre de la Tierra de Río (1992), la combinación energética mundial sigue estando totalmente dominada por los combustibles fósiles (84% en 2020). La producción total de combustibles fósiles ha aumentado un 62%, pasando de 83TWH en 1992 a 136TWH en 2021. Las energías renovables no sustituyen a los combustibles fósiles, sino que se suman a ellos, ofreciendo un nuevo mercado a los capitalistas.
- Con la crisis energética desatada tras la pandemia y agravada por la guerra imperialista rusa contra Ucrania, todas las potencias capitalistas reactivaron el carbón, el petróleo, el gas natural (incluido el gas de esquisto) y la energía nuclear.
- Principal responsable histórico del cambio climático, el imperialismo estadounidense dispone de enormes medios para luchar contra la catástrofe, pero sus representantes políticos subordinan criminalmente esta lucha a la protección de su hegemonía mundial, cuando no se limitan a negarla.
- Las medidas que los gobiernos de los países capitalistas desarrollados aplican bajo la etiqueta de "descarbonización" no sólo no abordan la magnitud de la crisis climática, sino que aceleran el extractivismo, sobre todo en el Sur, pero también en el Norte y en los océanos, a costa de las poblaciones y los ecosistemas.
- Esta supuesta "descarbonización" exacerba el acaparamiento imperialista de tierras y la explotación de la mano de obra en el Sur, con la complicidad de las burguesías locales (como ejemplifican diferentes proyectos de inversión basados en el uso de la energía solar y eólica, especialmente en "zonas económicas libres" de países pobres, para producir "hidrógeno verde" destinado a abastecer a las industrias de los países desarrollados).
- Los "mercados de carbono", las "compensaciones de carbono", las "compensaciones de biodiversidad" y los "mecanismos de mercado" pesan sobre los menos responsables, los pobres, en particular los indígenas y los pueblos del Sur en general.

"Economía circular", "resiliencia", "transición energética", "biomimetismo" son fórmulas huecas en manos del capitalismo verde neoliberal que genera cada vez más desigualdades.

Frente a la crisis climática, el fetichismo capitalista de la acumulación acabará dejando sólo dos opciones: desplegar tecnologías de aprendiz de brujo (nuclear, captura-secuestro de carbono, geoingeniería...)... o dejar que la "naturaleza" elimine a unos cuantos miles de millones de pobres en los países pobres.

Políticamente, la impotencia y la injusticia del capitalismo verde hacen el juego a un neofascismo fósil, conspirativo, colonialista, racista, violentamente machista y LGTBfóbico, que esta segunda posibilidad no aplaza. Una fracción de los ricos marcha hacia la catástrofe, apostando cínicamente a que su riqueza los protegerá, que se instalarán en islas flotantes, o en otro planeta, dejando morir a los mendigos, porque tal es la voluntad divina.

Descartar espalda con espalda el capitalismo verde neoliberal y el neofascismo fósil sería de inconscientes. Pero ninguno de estos regímenes podría impedir que el calentamiento global siga adelante, con consecuencias nefastas. Y si las víctimas son más numerosas en los países pobres, los ricos también sufrirán pérdidas dramáticas. El capitalismo mundial no progresa gradualmente hacia la paz y el desarrollo sostenible, sino que avanza hacia atrás y a grandes pasos hacia la guerra, el desastre ecológico, el genocidio y la barbarie neofascista.

Frente a este desafío, no basta con cuestionar el régimen neoliberal y revalorizar el papel del Estado. Ni siquiera basta con detener la dinámica capitalista de acumulación. El consumo mundial de energía final debe disminuir radicalmente, lo que significa producir menos y transportar menos a nivel mundial.

Para conciliar las limitaciones ecológicas-climáticas y las necesidades de la mayoría de la humanidad, es indispensable una reorientación completa hacia la determinación democrática de las necesidades humanas reales y el sostenimiento y regeneración del ecosistema global. La justicia social, la justicia climática, la democracia real y otro desarrollo son la única vía posible para respetar la limitación ecológica/energética y satisfacer al mismo tiempo la legítima necesidad de desarrollo de los pobres. El decrecimiento justo -el decrecimiento ecosocialista- es una *condición sine qua non* del rescate.

Salir del estancamiento productivista sólo es posible en las siguientes condiciones:

- Abandonar la idea de que la solución vendrá de las nuevas tecnologías (que consumen energía y recursos). Decidamos sabiamente utilizar los medios que tenemos, son suficientes para satisfacer las necesidades de todos;
- Reducir drásticamente la huella ecológica de los ricos para permitir el desarrollo seguro de los pobres;
- sustituir la producción de mercancías por la producción de valores de uso;
- determinar democráticamente qué necesidades deben satisfacer estos valores de uso, y cómo;
- incluir el cuidado de los seres humanos y de los ecosistemas, el respeto cuidadoso de los seres vivos y de los límites ecológicos, en el centro de esta deliberación democrática;
- suprimir en consecuencia la producción inútil y el transporte inútil, refundar toda la actividad productiva y el consumo.

Estas condiciones son necesarias pero no suficientes. Las crisis social y ecológica son una sola. Debemos reconstruir un proyecto emancipador para los explotados y los oprimidos. Un proyecto de clase que, más allá de las necesidades básicas, privilegie el ser sobre el tener. Un proyecto que cambie profundamente el comportamiento, el consumo, la relación con el resto de la naturaleza, la concepción de la felicidad y la visión que los humanos tienen del mundo. Un proyecto antiproductivista para vivir mejor cuidando de los seres vivos en el único planeta habitable del sistema solar.

Las afirmaciones irónicas de que las condiciones históricas no están maduras para la revolución no vienen al caso. La decadencia de la sociedad burguesa está llevando a la humanidad hacia un abismo. Una revolución ecosocialista, antirracista, antimilitarista, anticolonialista y ecofeminista extremadamente profunda -un verdadero cambio de civilización- es objetivamente necesaria y

urgente. Sin una conmoción revolucionaria, y eso en el próximo período, toda la civilización humana está amenazada de ser barrida.

El capitalismo ya había sumido a la humanidad en una situación tan oscura, especialmente en vísperas del primer conflicto mundial. La histeria nacionalista se apoderó de las masas y la socialdemocracia, traicionando su promesa de responder a la guerra con la revolución, dio luz verde a la matanza. Sin embargo, Lenin definió la situación como "objetivamente revolucionaria": sólo la revolución podía detener la matanza, dijo. La historia le dio la razón: la revolución en Rusia y su tendencia a extenderse obligaron a las burguesías a poner fin a la masacre. La comparación tiene obviamente sus límites. Una cosa es desafiar heroicamente a la muerte para no arriesgar la propia vida matando a otros seres humanos en beneficio de los comerciantes de armas, del reparto imperialista del mundo y de las glorias de los generales. Otra cosa es levantarse contra el capital porque, al incorporar la fuerza de trabajo que produce la plusvalía, deshumaniza a los proletarios hasta convertirlos en instrumentos alienados de la destrucción del resto de la Naturaleza, su "cuerpo inorgánico", poniendo en peligro a las generaciones futuras. Las mediaciones hacia la acción revolucionaria son aquí infinitamente más complejas. Pero es necesario el mismo despertar de las conciencias. Sin embargo, frente a la crisis ecológica, una revolución anticapitalista es aún más objetivamente necesaria. Es este juicio fundamental el que debe servir de sub-base para la elaboración de un programa, una estrategia y una táctica, porque no hay otro camino.

Todo depende de las luchas y de sus vanguardias. Por profundo que sea el desastre, en cada etapa, las luchas marcarán la diferencia. Dentro de las luchas, todo depende de la capacidad de organización de los militantes ecosocialistas para orientarse en la práctica en la brújula de la necesidad histórica objetiva.

2. La locura del militarismo y el imperialismo en un planeta en crisis

La guerra es lo más parecido al exterminio genocida que conocemos en la Tierra. Su lógica prolifera, sus efectos son destructivos como un tsunami que engulle todo a su paso. Por desgracia, la conocemos demasiado bien: su historia cruza en gran medida la de la humanidad. No de quién tenía razón, sino de quién se quedó a la confrontación para contarla.

Especialmente en los últimos 200 años, el imperialismo occidental organizó invasiones, ataques, golpes de estado, guerras, asesinatos, en todo el mundo, para mantener su hegemonía.

Más de 30 países del mundo están o han estado recientemente en guerras de dimensiones considerables, entre ellos Sudán, Irak, Yemen, Palestina, Siria, Congo y Myanmar. La propia crisis climática, los fenómenos meteorológicos y los intensos flujos migratorios resultantes están alimentando muchos otros conflictos en todo el planeta, como en Chad, Siria y otros. Los gobiernos responden acentuando el autoritarismo estatal, la militarización y la criminalización de la migración. Europa y Norteamérica ya no son sólo continentes, ahora también son fortalezas.

La agresión imperialista rusa contra Ucrania en 2022 ha fomentado tensiones geopolíticas a escala mundial. Esta guerra de saqueo se ha lanzado en nombre de la reconstitución del imperio zarista : se niega a todo un pueblo el derecho a la existencia, a la autodeterminación y a la dignidad. Como resultado, la OTAN, que estaba en crisis, ha sido reactivada y reforzada, expandiéndose a nuevos países (Finlandia, Suecia) y poniendo a Europa cada vez más bajo la hegemonía imperialista estadounidense. La seguridad a nivel mundial se ha visto aún más amenazada. El pánico nuclear ha vuelto al primer plano y se nos recuerda de nuevo cómo el mundo entero puede desaparecer en un instante, en un abrir y cerrar de ojos.

Esta guerra confirma la entrada en una nueva era de competencia interimperialista por la hegemonía mundial, con Estados Unidos y sus aliados por un lado, China y sus aliados por otro. Los recursos energéticos y minerales están en el centro de esta competencia interimperialista. Con la guerra de Ucrania, la Unión Europea y Estados Unidos se comprometieron a acelerar la llamada

transición energética hacia un sistema basado en las energías renovables. Pero la realidad del mercado desinfló rápidamente esta supuesta "ambición". Los capitalistas siguen invirtiendo masivamente en carbón, petróleo y gas, y los gobiernos siguen construyendo peligrosas centrales nucleares y subvencionando a las oligarquías de los combustibles fósiles. Los consensos climáticos han retrocedido, la guerra de clases se ha acentuado y, como dijo Warren Buffet, siguen siendo los ricos quienes la están ganando con estos retrocesos civilizatorios y las amenazas que conllevan.

Ha comenzado una nueva carrera armamentística. Mientras los imperialismos se pelean, se cuestionan las medidas urgentes para la transición climática y un futuro sostenible. Sabemos que las guerras, además de ser calamitosas en términos de vidas humanas, atentar contra el cuerpo de las mujeres, utilizar la violación como instrumento de terror y deshumanizar la vida colectiva, son perjudiciales para el planeta en el que vivimos. Destruyen hábitats, causan deforestación, envenenan los suelos, las aguas y el aire, y son fuentes importantes de emisiones de carbono. Las guerras de Irak, Afganistán y Pakistán han sido desastrosas para los ecosistemas de estos países. Lo mismo puede decirse de la guerra en Ucrania. Los vehículos militares consumen combustibles derivados del petróleo con gran intensidad, y los vehículos utilizados en las zonas de guerra han producido muchos cientos de miles de toneladas de monóxido de carbono, óxidos de nitrógeno, hidrocarburos y dióxido de azufre, además de CO2. La contaminación atmosférica provocada por los vehículos militares y el armamento siempre ha afectado negativamente a la salud pública de los civiles en las zonas de guerra.

La industria militar estadounidense, la mayor del mundo, es señalada como la mayor institución consumidora de hidrocarburos del planeta. Sin embargo, todos los informes sobre los costes planetarios de la guerra son siempre insuficientes, dada la falta de transparencia de estos datos, que ni siquiera se incluyen en el cómputo de las emisiones nacionales de carbono.

Como ecosocialistas, nos negamos a elegir entre las superpotencias que luchan por la hegemonía mundial. Nos movilizamos contra las guerras imperialistas y apoyamos a los pueblos que luchan por la autodeterminación y la paz.

Construir un antiimperialismo desde abajo. Defendemos un programa internacionalista de justicia social, de transición dirigida por fuerzas liberadoras y colectivas, enfrentándonos a las políticas opresoras.

- No a la OTAN y a otras alianzas militares;
- No al aumento de los presupuestos militares;
- Desmantelamiento de todo el armamento nuclear, químico y bacteriológico;
- Desmantelamiento de todas las empresas militares privadas;
- manos fuera del derecho de autodeterminación de los pueblos; alto a la ocupación de tierras, limpieza étnica;....

3. El mundo por el que luchamos

Nuestro proyecto de sociedad futura articula la emancipación social y política con el imperativo de detener la destrucción de la vida y reparar en la medida de lo posible los daños ya causados.

Queremos (intentamos) imaginar lo que sería una buena vida para todos en todas partes reduciendo el consumo de materia y energía y, por tanto, reduciendo la producción material. No se trata de dar un modelo prefabricado, sino de atreverse a pensar en otro mundo, un mundo que nos dé ganas de luchar para construirlo rompiendo con el capitalismo y el productivismo.

Sí, luchamos por el pan, pero también luchamos por las rosas.

Una buena vida para todos exige que se satisfagan las necesidades humanas básicas: alimentación sana, salud, vivienda, aire y agua limpios.

Una buena vida es también una vida elegida, plena y creativa, comprometida en relaciones humanas ricas e igualitarias, rodeada de la belleza del mundo y de los logros humanos.

Nuestro planeta (todavía) tiene suficiente tierra cultivable, agua potable, sol y viento, biodiversidad y recursos de todo tipo para satisfacer las legítimas necesidades humanas renunciando a los combustibles fósiles perjudiciales para el clima y a la energía nuclear. Sin embargo, algunos de estos recursos son limitados y, por tanto, agotables, mientras que otros, aunque inagotables, requieren materiales agotables o incluso raros cuya extracción es destructiva. En cualquier caso, como su uso no puede ser ilimitado, los utilizamos con cuidado y moderación.

Esenciales para nuestra vida, están excluidos de la apropiación privada, considerados comunes porque deben beneficiar a la humanidad en su conjunto hoy y a largo plazo. Para garantizar este carácter común a lo largo del tiempo, se elaboran normas colectivas que definen los usos, pero también los límites de estos usos, las obligaciones de cuidar o reparar.

Porque un manglar no se cuida igual que un casquete glaciar, un humedal igual que una playa de arena, un bosque tropical igual que un río, porque la energía solar no obedece a las mismas reglas, no impone las mismas limitaciones materiales que la eólica o la hidráulica, la elaboración de normas sólo puede ser fruto de un proceso democrático en el que participen los primeros interesados, trabajadores y habitantes.

Nuestro común son también todos los servicios que nos permiten responder de forma igualitaria, y por tanto gratuita, a las necesidades de educación, sanidad, cultura, acceso al agua, energía, comunicación, transporte, etc. También ellos son gestionados y organizados democráticamente por el conjunto de la sociedad.

Los servicios que se ocupan de las personas y de los cuidados que necesitan en las diferentes etapas de la vida rompen la separación entre lo público y lo privado, la asignación de las mujeres a estas tareas socializándolas, es decir, convirtiéndolas en asunto de toda la sociedad. Estos servicios de reproducción social son herramientas esenciales para luchar contra la opresión patriarcal.

Todos estos "servicios públicos" descentralizados, participativos y comunitarios constituyen la base de una organización social no autoritaria.

A escala del conjunto de la sociedad, la planificación ecológica democrática permite a las personas reapropiarse de las grandes opciones sociales relativas a la producción, decidir, como ciudadanos y usuarios, sobre qué producir y cómo producirlo, sobre los servicios que deben prestarse, pero también sobre los límites aceptables para el uso de recursos materiales como el agua, la energía, los transportes, la tierra, etc. Estas elecciones se preparan e iluminan mediante procesos de deliberación colectiva que se basan en la apropiación de conocimientos, ya sean científicos o derivados de la experiencia de las poblaciones, en la autoorganización de los oprimidos (movimientos de liberación de las mujeres, pueblos racializados, personas con discapacidad, etc.) para hacer retroceder las barreras al desarrollo.) para reducir la discriminación y la opresión.

Esta democracia económica y política global se articula con múltiples colectivos/comités descentralizados: los que permiten tomar decisiones a nivel local, en la comuna o el barrio, sobre la organización de la vida pública y los que permiten a los trabajadores y productores controlar la gestión y la organización de su unidad de trabajo, decidir sobre la manera de producir y, por tanto, de trabajar. Es la combinación de estos diferentes niveles de democracia lo que permite la cooperación y no la competencia, una gestión efectivamente racional desde el punto de vista ecológico y social, satisfactoria desde el punto de vista humano, a nivel del taller, de la empresa, de la rama... ¡pero también del municipio, de la región, del país e incluso del planeta!

Todas las decisiones sobre producción y distribución, sobre cómo queremos vivir, se guían por el principio: descentralizar todo lo posible, coordinar todo lo necesario.

Tomar las riendas de la propia vida requiere tiempo, energía e inteligencia colectiva. Afortunadamente, el trabajo de producción y reproducción social sólo ocupa unas horas al día.

La producción se dedica exclusivamente a la satisfacción de necesidades democráticamente determinadas. La producción y la distribución se organizan de forma que se minimice el consumo de recursos y se eliminen los residuos, la contaminación y las emisiones de gases de efecto

invernadero, se aspira permanentemente a la sobriedad y a la "sostenibilidad programada" (frente a la obsolescencia programada del capitalismo). Producir lo más cerca posible de las necesidades a satisfacer permite reducir los transportes y conocer mejor el trabajo, los materiales y la energía necesarios.

Así, la agricultura es ecológica, campesina y local para garantizar la soberanía alimentaria y la protección de la biodiversidad. Los talleres de transformación y los canales de distribución garantizan que la mayor parte de los alimentos se produzcan en circuitos cortos.

El sector energético basado en fuentes renovables está lo más descentralizado posible para reducir las pérdidas y optimizar las fuentes. Se desarrollan y potencian las actividades relacionadas con la reproducción social (sanidad, educación, cuidado de ancianos o personas dependientes, cuidado de niños, etc.), procurando no reproducir los estereotipos de género.

Aunque el trabajo ocupa menos tiempo, ocupa un lugar esencial porque, junto con la naturaleza y cuidándola, produce lo necesario para la vida.

La autogestión de las unidades de producción combinada con la planificación democrática permite a los trabajadores controlar su actividad, decidir sobre la organización del trabajo y cuestionar la división entre trabajo manual e intelectual. Al privilegiar el conocimiento concreto, práctico y real del proceso de trabajo, el saber hacer colectivo e individual y la creatividad, permite diseñar y producir objetos robustos, desmontables y reparables, reutilizables y, en su caso, reciclables, y reducir el consumo de materiales y energía desde la fabricación hasta la utilización.

En todos los ámbitos se combinan la convicción de hacer algo útil y la satisfacción de hacerlo bien.

Una gran parte de la producción material, al reducirse mucho su volumen, puede desindustrializarse (toda o parte de la confección o la alimentación)

Liberar el trabajo de la alienación nos permite abolir la frontera entre arte y vida en una especie de "comunismo de lujo". Podemos conservar o compartir herramientas, muebles, una bicicleta, ropa... toda la vida porque están ingeniosamente diseñados y son bellos.

Ser en lugar de tener.

"Sólo es digno lo que es bueno para todos. Sólo es digno de ser producido aquello que ni privilegia ni degrada a nadie" (A. Gorz).

La libertad no reside en el consumo ilimitado, sino en una autolimitación elegida, conquistada contra la alienación consumista. La deliberación colectiva permite deconstruir las necesidades artificiales, definir las necesidades "universalizables", es decir, no reservadas a ciertas personas o a ciertas partes del mundo, que deben satisfacerse.

La verdadera riqueza no reside en el aumento infinito de los bienes -tener- sino en el aumento del tiempo libre -ser-. El tiempo libre abre la posibilidad de realizarse en el juego, el estudio, la actividad cívica, la creación artística, las relaciones interpersonales y con el resto de la naturaleza.

Así que estamos abriendo un montón de trabajo porque tenemos tiempo para pensarlo y porque podemos hacerlo con el cuidado de las personas y el resto de la naturaleza en el centro.

Los lugares donde vivimos, cada espacio en el que socializamos, nos pertenecen para construir otras relaciones sociales interpersonales. Liberados de la especulación del suelo y del automóvil, podemos repensar el uso de los espacios públicos, salvar la separación entre el centro y la periferia, multiplicar los espacios recreativos, de encuentro y de intercambio, desartificializar las ciudades con la agricultura urbana y la horticultura comunitaria, restaurar los biotopos incrustados en el tejido urbano... Y más allá, aplicar una política a largo plazo destinada a reequilibrar las poblaciones urbanas y rurales y a superar la oposición entre la ciudad y el campo para reconstituir comunidades humanas habitables y sostenibles a una escala que permita una verdadera democracia.

Nuestros deseos y emociones ya no son cosas que se compran y se venden, el abanico de opciones se amplía enormemente para todos, todos pueden desarrollar nuevas formas de tener sexo, de vivir, trabajar y criar hijos juntos, de construir proyectos de vida de forma libre y diversa,

respetando las decisiones personales de cada uno, con la idea de que no hay una opción posible, ni una opción mejor que las demás. La familia puede dejar de ser el espacio de reproducción de la dominación, y dejar de ser la única forma posible de vida colectiva. Podemos así repensar la forma de paternidad de una manera más colectiva, politizar nuestras decisiones personales sobre la maternidad y la paternidad, reflexionar sobre cómo consideramos la infancia y el papel de las personas mayores o discapacitadas, las relaciones sociales que establecemos con ellas, y cómo somos capaces de romper las lógicas de dominación que tenemos interiorizadas.

Estamos construyendo una nueva cultura, lo contrario a la cultura de la violación, una cultura que reconozca los cuerpos de todas las mujeres cis y trans, y sus deseos, que las reconozca como sujetos capaces de decidir sobre sus cuerpos, sus vidas y sus sexualidades, que visibilice que hay mil formas de ser persona y de vivir y expresar nuestro género y sexualidad.

La actividad sexual libremente consentida y placentera para todos los que participan en ella es su propia justificación suficiente.

Al reducir radicalmente nuestro consumo de carne y productos animales, hemos puesto fin al trato abyecto de los animales en la industria cárnica y la pesca industrial. Más allá de esto, debemos aprender a pensar en la interdependencia de los seres vivos y desarrollar una concepción de la relación entre la humanidad y la naturaleza que probablemente se parecerá en algunos aspectos a la de los pueblos indígenas, pero que sin embargo será diferente. Una concepción en la que las nociones éticas de precaución, respeto y responsabilidad, así como el asombro ante la belleza del mundo, interferirán constantemente con una comprensión científica cada vez más refinada y cada vez más claramente incompleta.

4. Nuestro método transitorio

De nuestro análisis del capitalismo y, en concreto, de las políticas de la clase dominante en relación con los peligros ecológicos y el cambio climático, se desprende:

En primer lugar, que es necesaria una alternativa global y un plan social basado en la producción de valor de uso. Girar este o aquel tornillo dentro del sistema y sin cambiar el modo de producción no podrá evitar o incluso mitigar significativamente las crisis actuales y las catástrofes a las que nos enfrentamos. Una de las tareas importantes de la política revolucionaria es transmitir esta idea.

La comprensión de la necesidad de un cambio revolucionario global es una tarea que no puede resolverse directamente y sin dificultad en la práctica. Por eso, en segundo lugar, es importante combinar la presentación del contexto global con la propagación de reivindicaciones inmediatas para las que realmente se puedan desarrollar o promover movilizaciones.

En tercer lugar, hay que insistir: Convencer a la gente no puede resolverse sólo con argumentos. Para convencer a la gente de que se aparte del modo de producción capitalista y animarla a resistir, se necesitan luchas exitosas que infundan valor y demuestren que son posibles victorias parciales.

Y en cuarto lugar, el éxito de las luchas requiere una mejor organización. Esto siempre es cierto en principio, pero hoy -en tiempos en que los sindicatos (en muchas partes del mundo) han desaparecido políticamente en gran medida y la izquierda está fragmentada- es importante promover la cooperación práctica de forma no sectaria, especialmente entre la izquierda anticapitalista, y al mismo tiempo apoyar a los trabajadores en su autoorganización.

Por un lado, el tiempo apremia si no queremos que se crucen puntos de inflexión cruciales y el calentamiento global se acelere de forma incontrolable. Por otro lado, la inmensa mayoría de la gente no está dispuesta a emprender la lucha por un sistema diferente, es decir, a derrocar el capitalismo. Esto se debe en parte a la falta de conocimiento de la situación general, pero aún más a la falta de perspectiva sobre cómo podría o debería ser la alternativa. Además, la relación social y política de fuerzas entre las clases no fomenta precisamente la confrontación con los gobernantes y

los aprovechados del orden social capitalista. Así, un llamado "programa máximo", que quiere plantear la cuestión del poder con una confrontación inmediata, tiene aún menos posibilidades de éxito de las que ya tuvo en el pasado.

Por otro lado, un programa de reformas que quiera reformar el capitalismo o superarlo poco a poco (además, con una política desde arriba) tampoco tiene ninguna posibilidad de éxito. Las reformas que aceptan las reglas del sistema capitalista son incapaces de afrontar los retos de la crisis ecológica. Y los cambios graduales en la economía y el Estado nunca condujeron a un cambio de sistema. Los propietarios y aprovechados del capitalismo no contemplarán pacíficamente cómo se confisca su riqueza y se priva pieza a pieza de su base de enriquecimiento.

El tiempo apremia y es necesario tomar medidas urgentes. Algunos detractores del ecosocialismo abogan por reformas suaves "porque no podemos esperar a la revolución mundial". Pues bien, ¡los partidarios del ecosocialismo no proponemos esperar! Nuestra estrategia es empezar AHORA, con reivindicaciones transitorias concretas. Es el comienzo de un proceso hacia el cambio global. No se trata de etapas históricas separadas, sino de momentos dialécticos de un mismo proceso. Cada victoria parcial o local es un paso en este movimiento, que refuerza la autoorganización y estimula la lucha por nuevas victorias.

En las próximas luchas de clases -que son el requisito previo elemental para la ilustración y argumentación sistemáticas en capas más amplias de la clase obrera, la juventud, los indígenas, etc. - debe quedar claro que, en última instancia, no hay forma de evitar un verdadero cambio de sistema y la cuestión del poder. La clase dominante debe ser expropiada y su poder político derrocado.

Por un programa anticapitalista de transición

El método transicional ya fue sugerido por Marx y Engels en la última sección del Manifiesto Comunista (1848). Pero fue la IV Internacional la que le dio su significado moderno, en el Programa de Transición de 1938. Su supuesto básico es la necesidad de que los revolucionarios ayuden a las masas en el proceso de la lucha diaria a encontrar el puente entre las demandas actuales y el programa socialista de la revolución. Este puente debe incluir un sistema de reivindicaciones transitorias, derivadas de las condiciones actuales y de la conciencia actual de amplias capas de la clase obrera; el objetivo es dirigir las luchas sociales hacia la conquista del poder por el proletariado.

Por supuesto, los revolucionarios no descartan el programa de las viejas reivindicaciones "mínimas" tradicionales : defienden evidentemente los derechos democráticos y las conquistas sociales de los trabajadores. Sin embargo, proponen un sistema de reivindicaciones transitorias, que pueda ser comprendido adecuadamente por los explotados y los oprimidos, pero que al mismo tiempo se dirija contra las bases mismas del régimen burgués..

La mayoría de las reivindicaciones transitorias mencionadas en el Programa de 1938 siguen siendo actuales: escala móvil de salarios y escala móvil de horas; control obrero de las fábricas, apertura de las cuentas "secretas" de las empresas; expropiación de los bancos privados; expropiaciones de grupos separados de capitalistas; entre otras. El interés de tales propuestas es unir en la lucha a las mayores masas populares posibles, en torno a reivindicaciones concretas que estén en contradicción objetiva con las reglas del sistema capitalista.

Pero necesitamos actualizar nuestro programa de reivindicaciones transitorias, para tener en cuenta las nuevas condiciones del siglo XXI, y en particular la nueva situación creada por la crisis ecológica y el peligro inminente de un cambio climático catastrófico. Hoy estas reivindicaciones deben tener un carácter socioecológico y, potencialmente, ecosocialista.

El objetivo de las reivindicaciones ecosocialistas de transición es estratégico: poder movilizar a amplios sectores de trabajadores urbanos y rurales, mujeres, jóvenes, víctimas del racismo o de la opresión nacional, así como a sindicatos, movimientos sociales y partidos de izquierda en una lucha que desafíe al sistema capitalista y al dominio burgués. Estas reivindicaciones, que combinan intereses sociales y ecológicos, deben ser consideradas como necesarias, legítimas y pertinentes por los explotados y los oprimidos, según su determinado nivel de conciencia social y política. En la

lucha, la gente toma conciencia de la necesidad de organizarse, unirse y luchar; también empieza a comprender quién es el enemigo: no sólo las fuerzas locales, sino el propio sistema. El objetivo de las reivindicaciones ecosociales de transición es aumentar, gracias a la lucha, la conciencia de clase de los oprimidos, su comprensión anticapitalista y, con suerte, una perspectiva revolucionaria ecosocialista.

Algunas de estas reivindicaciones tienen un carácter universal : por ejemplo, la gratuidad del transporte público. Es a la vez una reivindicación ecológica y social, y contiene las semillas del futuro ecosocialista: servicios públicos frente a mercado, y gratuidad frente a beneficio capitalista. Sin embargo, su significado estratégico no es el mismo según las sociedades y las economías. Las reivindicaciones ecosocialistas de transición deben tener en cuenta las necesidades y aspiraciones de las masas en las diferentes partes del sistema capitalista mundial.

5. Líneas maestras de un programa de decrecimiento ecosocialista global y justo

Satisfacer las necesidades sociales reales respetando las limitaciones ecológicas sólo es posible rompiendo con la lógica productivista y consumista del capitalismo, que amplía las desigualdades, cosifica lo vivo y "arruina las dos únicas fuentes de toda riqueza: la Tierra y los trabajadores" (Marx). A escala mundial, romper esta lógica implica luchar prioritariamente por las siguientes líneas de fuerza. Forman un todo coherente, que hay que completar y descomponer según las especificidades nacionales y regionales. A este respecto, se plantean dos casos extremos: los países llamados "desarrollados" y los países llamados "menos avanzados". Los primeros son, con mucho, los principales responsables de la ruptura de los equilibrios ecológicos y, en particular, han agotado en gran medida su presupuesto de carbono; la disminución de su consumo energético es, por tanto, un imperativo inmediato, inseparable de su obligación de reparación y solidaridad con respecto a los segundos. Éstos, por su parte, no pueden evitar seguir consumiendo cierta cantidad de energía fósil y otros recursos para satisfacer la enorme masa de necesidades sociales elementales de las que sus clases populares se ven masivamente privadas. Al mismo tiempo, tienen que inventar un modo de desarrollo alternativo al modo fósil que han seguido históricamente los primeros: de no hacerlo, expondrían con toda seguridad a los países pobres a un agravamiento de la catástrofe que ya les está golpeando con mayor dureza. El programa ecosocialista responde a esta situación planteando, por un lado, reivindicaciones anticapitalistas globales (que dibujan el marco de la necesaria reducción de la producción y el consumo a escala planetaria) y, por otro, reivindicaciones anticapitalistas específicas, respectivamente para los países llamados "desarrollados" y para los países pobres o de renta media.

5.1. Compartir la riqueza para cuidar gratuitamente de los seres humanos y de nuestro entorno vital

Una sanidad de calidad, una buena educación, una buena atención a los niños pequeños, una jubilación digna y unos cuidados que respeten la dependencia, una vivienda accesible, permanente y confortable, un transporte público eficiente, energías renovables, alimentos sanos, agua potable, acceso a Internet y un entorno natural en buenas condiciones: estas son las necesidades reales que una civilización digna de tal nombre debería satisfacer sobriamente a todos los seres humanos, independientemente de su color de piel, sexo, etnia, convicciones. Esto es posible, sin aumentar significativamente la tensión en nuestro medio ambiente. ¿Por qué no lo tenemos? Porque la economía está sintonizada con las necesidades delirantes de los capitalistas. Consumen e invierten cada vez más para obtener beneficios, se apropian de todos los recursos y lo transforman todo en mercancías. Su lógica egoísta siembra la desgracia y la muerte. Es necesario un giro de 180°. Los recursos naturales y el conocimiento constituyen un bien común que debe gestionarse de forma

prudente y colectiva. La satisfacción de las necesidades reales y la restauración de los ecosistemas deben planificarse democráticamente y contar con el apoyo del sector público, bajo el control activo de las poblaciones y ampliando al máximo el libre acceso. La investigación científica debe ponerse al servicio de este proyecto colectivo. El primer paso necesario es, pues, luchar contra las desigualdades y la opresión, refinanciar el sector público llevando el dinero allí donde está: fiscalidad progresiva, globalización de los ingresos, levantamiento del secreto bancario, fiscalidad de la riqueza, de las plusvalías y de las transacciones financieras, supresión de la deuda pública, supresión de los paraísos fiscales, lucha contra la corrupción...

5.2. Expandir los bienes comunes y los servicios públicos contra la privatización y la mercantilización

Este es uno de los aspectos clave de la lucha por una transición social y ecológica, en muchos ámbitos de la vida. Por ejemplo :

- Sanidad: los resultados de la pandemia de COVID-19 son muy claros: la privatización y los recortes en el sector de la asistencia debilitan a las clases populares -en particular a los niños, las mujeres y los ancianos- y suponen una grave amenaza para la salud pública en general. Hay que refinanciar masivamente este sector y ponerlo íntegramente en manos de la colectividad. Las inversiones deben ir prioritariamente a los medicamentos de primera línea. Hay que socializar la industria farmacéutica
- Los transportes: El transporte individual en el capitalismo privilegia el coche privado, con nefastas consecuencias sanitarias y ecológicas. La alternativa es un amplio y eficaz sistema de transporte público gratuito, así como una gran extensión de zonas peatonales y ciclables. Las mercancías se transportan a grandes distancias en camiones o portacontenedores, con enormes emisiones de gases; la relocalización de la producción y el transporte de mercancías en tren son medidas necesarias inmediatas. El transporte aéreo debe reducirse significativamente, y suprimirse para las distancias que no puedan cubrirse en tren. Los jets privados y los helicópteros deben ser confiscados.
- Vivienda : El derecho básico de todas las personas a una vivienda digna, permanente y ecológicamente sostenible no puede garantizarse bajo el capitalismo. La ley del beneficio implica desahucios, demoliciones y criminalización de quienes se resisten. También implica facturas energéticas elevadas para los pobres y energías renovables subvencionadas para los ricos. El control público del mercado inmobiliario, la reducción y congelación de los intereses y beneficios de los bancos, un aumento radical de la vivienda de calidad, pública, social y cooperativa, un proceso público de aislamiento climático de las viviendas y un programa masivo de construcción de viviendas energéticamente autónomas, son los primeros pasos de una política alternativa. Pero es necesario repensar todo el sistema urbano, según criterios sociales y ecológicos, más allá de las actuales ciudades insostenibles, rodeadas de miserables barrios de chabolas.
- Agua : la actual privatización, despilfarro y contaminación del agua - ríos, lagos y subterránea - es un desastre social y ecológico. La escasez de agua y las inundaciones debidas al cambio climático son amenazas importantes para mil millones de personas. El agua es un bien común y debe ser gestionada y distribuida por los servicios públicos, bajo el control de los consumidores.

5.3. Eliminar las actividades económicas innecesarias o perjudiciales

Detener la catástrofe climática y el declive de la biodiversidad exige absolutamente una reducción muy rápida y significativa del consumo final de energía a escala mundial. Esta limitación es ineludible. Los primeros pasos pasan por reducir drásticamente el poder adquisitivo de los ricos, abandonar la moda rápida, la publicidad y la producción/consumo de lujo (cruceros, yates y jets o helicópteros privados, turismo espacial, etc.), reducir la producción masiva de carne y lácteos y

acabar con la obsolescencia programada de los productos, alargando su vida útil y facilitando su reparación. El transporte aéreo y marítimo de mercancías debería reducirse drásticamente mediante la deslocalización de la producción, y sustituirse por el transporte ferroviario siempre que sea posible. El transporte aéreo debería hacerse más expansivo y someterse a cuotas individuales. Desde un punto de vista más estructural, la restricción energética sólo puede respetarse reduciendo lo más rápidamente posible las actividades económicas inútiles o perjudiciales. Los principales sectores productivos a tener en cuenta son: la producción de armas, la energía fósil y la petroquímica, la industria extractiva, la fabricación no sostenible, la industria de la madera y la pasta de papel, la construcción de automóviles personales, los aviones y la construcción naval. Son necesarios planes de transición concretos para respetar la restricción ecológica y satisfacer al mismo tiempo las necesidades sociales (incluida la necesidad de defender alternativas ecosocialistas frente a la reacción imperialista).

5.4. Salir de la agroindustria, la pesca industrial y la industria cárnica

Estos tres sectores plantean graves amenazas para el clima, la salud humana y la biodiversidad. Su desmantelamiento requiere medidas a nivel de la producción, pero también cambios significativos a nivel del consumo (en los países desarrollados y entre los ricos de todos los países) y de la relación con los seres vivos. Se necesitan políticas proactivas para detener la deforestación y sustituir la agroindustria, las plantaciones industriales de árboles y la pesca a gran escala por la agroecología campesina, la ecoforestería y la pesca a pequeña escala, respectivamente. Estas alternativas consumen menos energía, emplean más mano de obra y son mucho más respetuosas con la biodiversidad. Los agricultores y pescadores deben ser debidamente compensados por la comunidad, no sólo por su contribución a la alimentación humana, sino también por su contribución ecológica. Deben protegerse los derechos de los pueblos originarios sobre los bosques y otros ecosistemas. El consumo mundial de carne debe reducirse drásticamente. Hay que desmantelar la industria cárnica y láctea y promover una dieta basada principalmente en la producción vegetal local.

5.5. Salir de los combustibles fósiles y de la energía nuclear lo antes posible, socializar la energía y la financiación sin compensación ni rescate.

Las multinacionales de la energía y los bancos que las financian quieren explotar hasta la última tonelada de carbón, hasta el último litro de petróleo, hasta el último metro cúbico de gas. Al principio ocultaron y negaron el impacto del CO2 en el cambio climático. Ahora, para seguir explotando sus recursos a pesar de todo, y mientras los precios en alza les aseguran gigantescos excedentes de beneficios, prometen todo tipo de técnicas falsas (greenwashing, intercambio de "derechos de contaminación", "compensación de emisiones", "captura, secuestro y utilización del carbono") y promueven la energía nuclear como "baja en carbono". No cabe duda: estos grupos ávidos de beneficios están llevando al planeta de la catástrofe climática al cataclismo. Al mismo tiempo, están a la vanguardia de los ataques capitalistas contra las clases trabajadoras. Deben ser socializados por expropiación, sin compensación ni redención. Para detener la destrucción social y ecológica, para determinar colectivamente nuestro futuro, nada es más urgente que constituir servicios públicos de energía y crédito, descentralizados e interconectados, bajo el control democrático de las poblaciones.

5.6. Garantizar el empleo para todos, asegurar el reciclaje necesario en actividades ecológicamente sostenibles y socialmente útiles.

Los trabajadores ocupados en actividades derrochadoras y nocivas de los combustibles fósiles, en la agroindustria, la gran pesca y la industria cárnica no tienen por qué pagar el precio de la mala

gestión capitalista. Hay que instituir una garantía de empleo verde para asegurar su reconversión colectiva, sin pérdida de ingresos, en las actividades del plan público para satisfacer las necesidades reales y restaurar los ecosistemas. Esta garantía de empleos verdes superará los temores legítimos de los trabajadores afectados. Así, se pondrá fin a la cínica instrumentalización de estos temores por parte de los capitalistas, al servicio de sus intereses productivistas/consumistas. Por el contrario, la garantía de empleo verde animará y motivará a los trabajadores de los sectores condenados a formarse y movilizarse para encargarse activamente de la realización del plan, en diálogo con el público beneficiario, invirtiendo sus conocimientos, sus competencias y su experiencia en una actividad rica en sentido, emancipadora, verdaderamente humana porque preocupada por la vida de las generaciones futuras.

5.7. Trabajar menos, vivir y trabajar mejor, llevar una buena vida

Reducir radicalmente el consumo final de energía eliminando la producción/consumo inútil y nocivo tiene lógicamente el efecto de reducir radicalmente el tiempo de trabajo social asalariado. Esta reducción debe ser colectiva. El despilfarro capitalista es de tal magnitud que su supresión abrirá sin duda la posibilidad concreta de una reducción muy importante del tiempo de trabajo semanal (hacia una media jornada de trabajo) y de una disminución significativa de la jubilación en edad de trabajar. Esta tendencia a la reducción se verá compensada en parte por la necesaria reducción de los ritmos de trabajo, así como por el aumento del trabajo de reproducción social y ecológica necesario para cuidar de las personas (incluso socializando parte del trabajo doméstico realizado gratuitamente de forma mayoritaria por las mujeres) y de los ecosistemas. La planificación democrática será esencial para la articulación en el tiempo de estos movimientos en varias direcciones. Lo que es seguro, en cualquier caso, es que el programa de decrecimiento ecosocialista implica una doble transformación del trabajo. Cuantitativamente, se trabajará mucho menos. Cualitativamente, creará las condiciones para hacer del trabajo una actividad de la buena vida - una mediación consciente entre los humanos (por tanto, también entre hombres y mujeres), y entre los humanos y el resto de la naturaleza.

5.8. Garantizar el derecho de las mujeres sobre su propio cuerpo

La humanidad no podrá gestionar conscientemente su relación con el resto de la naturaleza sin gestionar conscientemente su relación consigo misma, es decir, su propia reproducción biológica, que pasa por el cuerpo de las mujeres. No es casualidad que los ataques patriarcales contra los derechos de las mujeres se intensifiquen en todas partes: estos ataques son parte integrante de proyectos políticos que buscan establecer poderes fuertes al servicio de los ricos y los capitalistas. La mayoría de las veces se llevan a cabo en nombre de una ideología reaccionaria "provida", que por cierto niega el cambio climático antropogénico. Pero, junto a estas fuerzas oscuras, existen también corrientes tecnocráticas que achacan la crisis ecológica a la "superpoblación" y tratan así de imponer políticas autoritarias de control de la natalidad. Frente a estos dos tipos de amenazas, sostenemos que ninguna moral, ninguna razón superior, ni siquiera ecológica, puede invocarse para negar a las mujeres su derecho elemental a controlar su propia fecundidad. La negación de este derecho es consustancial a todos los demás mecanismos de dominación, incluida la "dominación humana" sobre el resto de la naturaleza, en beneficio del patriarcado y de su forma capitalista actual. La emancipación humana presupone la emancipación de la mujer. Esto implica prioritariamente que las mujeres deben tener libre acceso a la anticoncepción, al aborto y a los cuidados reproductivos en general.

5.9. Internacionalismo: contra imperialismos y nacionalismos, imponer la justicia climática

El escaso presupuesto de carbono aún disponible debe repartirse en función de las responsabilidades y capacidades históricas. Los recursos minerales y la riqueza de la biodiversidad deben cosecharse con cuidado, según las necesidades reales de todos. No habrá solución nacional, estos retos requieren una respuesta antiimperialista e internacionalista coherente. Hay que suprimir la deuda de los países pobres y de renta media. Los bienes de los dictadores deben ser confiscados y devueltos al pueblo. La financiación prometida en las negociaciones sobre el clima (Fondo Verde, Fondo de Adaptación, Fondo de Pérdidas y Daños) debe cumplirse. Hay que poner fin a los intercambios desiguales y a la construcción de muros. Debe garantizarse a los migrantes la libertad de circulación y asentamiento. La abolición de las patentes debe permitir a los pueblos del Sur acceder libremente a tecnologías que puedan satisfacer necesidades reales sin utilizar aún más energía fósil. Estas son condiciones esenciales para detener la catástrofe climática y evitar caer en la barbarie.

5.10. Fomentar una revolución cultural basada en el respeto cuidadoso de los vivos y el "amor a la Madre Tierra".

La ruptura radical con la ideología de la dominación humana sobre la naturaleza es esencial para el desarrollo de una cultura ecológica y feminista de "cuidado" de las personas y el medio ambiente. Ecofeminismo. La defensa de la biodiversidad, en particular, no puede basarse únicamente en la razón (el interés humano bien entendido): requiere igualmente empatía, respeto, prudencia y el tipo de concepción global que los primeros pueblos resumían con la frase "amor a la Madre Tierra". Mantener esta concepción global o readquirirla -a través de las luchas, la creación artística, la educación y las alternativas de producción/consumo, en particular- es un desafío ideológico de primer orden en la lucha ecosocialista. La modernidad occidental ha sistematizado la idea de que los seres humanos son criaturas divinas cuya misión es dominar la naturaleza e instrumentalizar a los demás animales, reducidos al rango de máquinas. Ya impugnada por Darwin, que destacó la filiación del Homo sapiens, esta concepción no materialista, íntimamente ligada a las dominaciones colonial y patriarcal, está hoy completamente descalificada por el conocimiento científico. Muchas características humanas existen potencialmente o en forma embrionaria en otros animales. Los científicos creen hoy que las aptitudes excepcionales del Homo sapiens son el producto de un número bastante limitado de "saltos" en la evolución.

Este programa tiene una pertinencia general, pero hay que añadir que los países industrializados del "Norte" -Estados Unidos, Europa, América del Norte, Australia, Japón- son los que deben hacer los mayores esfuerzos en materia de reducción rápida de las producciones inútiles y/o nocivas. También son responsables de ayudar a los países menos desarrollados del "Sur" a encontrar tecnologías alternativas, así como de proporcionar financiación para una transición ecológica.

Los capitalistas de los países imperialistas son responsables de la crisis ecológica y deben pagar las consecuencias. La gran masa de los trabajadores, de las mujeres, de los jóvenes, de las minorías étnicas, en el "Norte" también son víctimas del cambio climático. Deben tomar en sus manos el proceso de transición social y ecológica e imponerlo mediante una lucha común contra la élite dominante.

Por supuesto, en cada continente, y en cada país, hay medidas específicas que proponer en una perspectiva de transición.

6. El programa ecosocialista en los países dominados

Tras siglos de esclavitud y saqueo colonial, las poblaciones de los países llamados "en desarrollo" son víctimas de una nueva injusticia monstruosa. Aunque la responsabilidad de los países menos desarrollados en las emisiones de gases de efecto invernadero es marginal, casi nula en los países más pobres, el cambio climático provocado por doscientos años de crecimiento capitalista imperialista les sitúa en primera línea de unas catástrofes que les golpean cada vez con más fuerza.

África, América Latina, Asia Meridional y Sudoriental y el Pacífico albergan a la inmensa mayoría de los 3.500 millones de mujeres, hombres y niños cuyas condiciones de vida, incluso la propia existencia, se ven ya cruelmente afectadas por las consecuencias del calentamiento global. La urgencia está aquí y crece muy rápidamente. Cuanto más suben las temperaturas, menos pueden adaptarse las sociedades a los efectos del calentamiento global. Sequías, inundaciones, tifones, olas de calor mortales y daños a los ecosistemas amenazan cada vez más la supervivencia de millones de seres humanos, su capacidad de trabajo y sus derechos básicos a corto y medio plazo.

6.1. Planes públicos para proteger a las clases populares contra los efectos del cambio climático

En los países periféricos del capitalismo global, es de enorme importancia que la agenda de transición ecosocialista impulse de inmediato planes públicos destinados a proteger a las clases populares contra los efectos ya inevitables del cambio climático. Estos planes no sustituyen a una política de desarrollo alternativa y anticapitalista que tenga como objetivo la eliminación de los combustibles fósiles lo antes posible. Lo cierto es que ambas dimensiones están interrelacionadas porque, a partir de cierto nivel de calentamiento, la adaptación ya no es posible. Estos planes públicos deben abarcar todos los sectores, en particular la agricultura, la silvicultura, la vivienda, la gestión del agua, la producción de energía, la industria, la legislación laboral, la sanidad y la educación. Por supuesto, estos planes públicos también son necesarios en los países "desarrollados", pero la magnitud de las amenazas en los países del Sur hace que esta cuestión sea allí un asunto de primer orden. Su importancia es inversamente proporcional al nivel de desarrollo.

Hay "adaptación" y adaptación. Para el imperialismo y sus cómplices locales, la "adaptación" es una forma de desviar la atención de las causas. Especialmente en el Sur Global, su "adaptación" tiene como objetivo dar nuevos mercados a las multinacionales (infraestructuras, transporte, compensación de emisiones de carbono, etc.). También pretende mantener las condiciones propicias a la dominación imperial para prolongar e incluso profundizar el saqueo neocolonial (con el pretexto del "desarrollo verde")... sin pagar su "deuda ecológica". Esta "adaptación" capitalista es en realidad una "mala adaptación" (en la terminología del IPCC). Sólo puede agravar los desastres para la masa de la población y para los ecosistemas.

La urgencia de una política de adaptación digna de ese nombre y la envergadura de la tarea que hay que llevar a cabo para reparar los daños y proteger a las poblaciones arrojan luz sobre el callejón sin salida del actual "modelo de desarrollo" y la necesidad de una alternativa sistémica.

Los gobiernos imperialistas, las instituciones internacionales y los propios gobiernos del Sur Global afirman que el crecimiento capitalista permitirá a los pueblos del Sur "alcanzar" el nivel de vida de los países capitalistas desarrollados. Basta con una "buena gobernanza" para "ajustar" las sociedades a las necesidades del mercado mundial. Esto es un callejón sin salida, como demuestra el hecho de que los Objetivos de Desarrollo Sostenible -¡brutalmente insuficientes y no equivalentes a "ponerse al día"! - están lejos de alcanzarse. Las desigualdades siguen aumentando (incluso entre ricos y pobres dentro de las sociedades del Sur), mientras que el "presupuesto de carbono" compatible con 1,5°C se desvanece rápidamente.

6.2. La necesidad de un modelo de desarrollo alternativo

Mayoría en el planeta, las poblaciones de los países de la periferia tienen el derecho básico de acceder a unas condiciones de vida dignas. Sus necesidades sociales son más que legítimas. Para satisfacerlas, necesitan un modelo de desarrollo radicalmente opuesto al modelo imperialista y productivista. Un modelo que priorice los servicios públicos (salud, educación, vivienda, transporte, alcantarillado, electricidad, agua potable) para la masa de la población, y no la producción de bienes para el mercado mundial. Un modelo anticapitalista y antiimperialista, que nacionalice los monopolios en los sectores de las finanzas, la minería, la energía, el agronegocio.

Basado en la satisfacción de las necesidades de los pueblos del Sur respetando los equilibrios ecológicos, este modelo de desarrollo alternativo no es en absoluto antagónico con la necesidad de un decrecimiento ecosocialista global: al contrario, se inscribe plenamente en él. Sin embargo, uno de sus retos clave es la lucha contra los megaproyectos ecocidas inspirados en las políticas capitalistas neoliberales, como los gigantescos oleoductos, los nuevos aeropuertos, los pozos petrolíferos en alta mar, las grandes presas hidroeléctricas y las enormes infraestructuras turísticas que se apropian de las playas en beneficio de los ricos.

Este modelo de desarrollo alternativo no puede servir de pretexto a políticas restrictivas del derecho de circulación y asentamiento, en particular políticas que pagan por tanto a los regímenes del Sur para que desempeñen el papel de policía de fronteras.

6.3. Las multinacionales, los Estados imperialistas y las "élites" locales deben pagar la factura

Una estrategia de transición digna de tal nombre debe ser una estrategia pública y democráticamente planificada que se desarrolle a corto, medio y largo plazo en función de los equilibrios ecológicos y de las necesidades sociales tal y como las formulen las propias clases populares . La factura de la aplicación deben pagarla los responsables del desastre: las multinacionales, los Estados imperialistas y las llamadas "élites" locales corruptas que les sirven de cómplices.

Estas llamadas "élites" tienen una gran responsabilidad. En lugar de promover un desarrollo alternativo, basado en valores sociales alternativos, se han puesto al servicio del imperialismo. De palabra, exigen "justicia climática" en las negociaciones internacionales. En la práctica, sólo aspiran a copiar el estilo de vida de los superricos del Norte, con sus yates, jets privados, coches de lujo, etc.

"Justicia climática" implica no sólo que se ingresen sumas suficientes en los distintos fondos creados durante las negociaciones internacionales (Fondo Verde para el Clima, fondo de adaptación, fondo de pérdidas y daños), sino también la abolición de la deuda externa, la abolición de la deuda pública en manos de la oligarquía financiera (sin compensación, salvo para los pequeños

propietarios) y la compensación por parte del Norte a los países del Sur que renuncien a explotar sus recursos fósiles (proyecto del Parque Yasuní).

6.4. Autoorganización de las luchas populares y lucha por la democratización

En los países de la periferia, en particular los más pobres, es de una importancia decisiva para la alternativa ecosocialista vincular estrechamente la lucha por una política respetuosa de los recursos naturales a las luchas por la satisfacción de las necesidades sociales y por los derechos democráticos de las poblaciones, en una dinámica antiimperialista y anticapitalista. Implica la autoorganización de las luchas populares, en particular la de los campesinos y los "sin tierra" contra el agronegocio, la de los pueblos indígenas contra la minería y la silvicultura, la de las mujeres contra la violencia sexista y la discriminación, la de los habitantes .e.s de las favelas por el derecho a la vivienda y la de los trabajadores contra la explotación patronal.

La democratización es fundamental en esta estrategia: derrocamiento de dictaduras, regímenes militares, regímenes religiosos y monarquías. Instauración del referéndum de iniciativa popular. Lucha contra la corrupción. Supresión de instituciones no democráticas (Senado, Banco Central Autónomo). Disolución de las milicias paramilitares al servicio de los gobernantes. Respeto de los derechos y territorios de las comunidades indígenas y otros pueblos oprimidos. Sindicatos independientes y libertad de asociación.

6.5. Control público y protección de los recursos naturales. Deforestación cero. Respeto a los pueblos indígenas.

El programa ecosocialista para los países dominados exige la protección y el control público de los recursos naturales bajo el control de las clases populares. Municipalización de la propiedad y gestión del agua, bajo control de los habitantes, para garantizar agua potable para todos. Deforestación cero. No a la destrucción de los biomas por los ganaderos, los plantadores de aceite de palma, el agronegocio en general y la industria minera; no a la apropiación neocolonial de los "sumideros de carbono" para compensar las emisiones del Norte (proyectos REDD y REDD-+). Protección de los bosques tropicales de África, Asia y América Latina y de las comunidades indígenas que los habitan. Demarcación de sus territorios. No a los "acuerdos pesqueros" que ofrecen los recursos pesqueros a las multinacionales de la pesca industrial.

6.6. No al agronegocio. Soberanía alimentaria y reforma agraria

La soberanía alimentaria, en línea con las propuestas de Vía Campesina, la gran red planetaria de movimientos campesinos, es un objetivo clave. Pasa por una reforma agraria radical: la tierra para quienes la trabajan, especialmente las mujeres. Expropiación de los grandes terratenientes y de la agroindustria capitalista que produce bienes para el mercado mundial. Reparto de la tierra a los campesinos y campesinas sin tierra (familias o cooperativas) para la producción agrobiológica. Abolición de los cultivos transgénicos en campo abierto y eliminación de los pesticidas tóxicos (¡empezando por aquellos cuyo uso prohíben los países del Norte pero cuya exportación autorizan en los países del Sur!)

6.7. Programa de construcción de viviendas sociales y reforma urbana popular

El Sur tiene algunas de las megaciudades más grandes del planeta (Yakarta, Manila, Nueva Delhi, Bombay, Sao Paulo, y otras), un número creciente de personas sin hogar y f tugurios donde millones de seres humanos (en torno a Karachi, Nairobi, Bagdad ,...) sobreviven y trabajan informalmente en condiciones indignas. Es una de las heridas más horribles que ha dejado la dominación imperialista. Además de la violencia, las olas de calor hacen que la supervivencia allí sea cada vez más difícil, sobre todo en climas húmedos. La alternativa ecosocialista reivindica la puesta en marcha de un vasto programa de construcción de viviendas sociales acompañado de una reforma urbana popular que cambie la organización de las grandes ciudades, diseñada en cooperación con las asociaciones de personas sin hogar. Debe articularse sobre una legislación laboral que proteja a los trabajadores, por un lado, y sobre el atractivo de la reforma agraria, para iniciar un movimiento de contraemigración rural, por otro.

6.8. Descolonización del conocimiento, reforma del sistema educativo

La puesta en marcha del programa de emergencia ecosocialista para los países del Sur tiene una necesidad imperiosa de conocimientos y de saberes descolonizados, encarnados por profesores e investigadores numerosos y competentes en todas las disciplinas. Reforma del sistema educativo, ampliación de las escuelas y universidades públicas, fin de las discriminaciones en la enseñanza, de las que son víctimas especialmente las niñas en ciertos países.

Numerosos estudios científicos demuestran que la satisfacción de las necesidades básicas de la población de los países dominados sólo tendría una modesta huella de carbono. La reducción radical de la huella de carbono de los ricos, y especialmente del 1% más rico -¡en el Norte y en el Sur! - bastaría para compensarlo. Un dólar gastado en atender las necesidades del 1% más rico genera treinta veces más emisiones de CO2 que un dólar invertido en atender las necesidades sociales del 50% más pobre de la población mundial. (¡¡¡cifra a comprobar!!!)

El discurso de la "recuperación" del Norte por el Sur no es más que una quimera, una cortina de humo para ocultar la continuación de la explotación capitalista e imperialista, que amplía las desigualdades. Con el aumento de las catástrofes ecológicas, este discurso pierde objetivamente toda credibilidad. No es el momento de "ponerse al día", sino de compartir el planeta: los ricos menos ricos, los pobres menos pobres. A través de sus luchas, las clases populares del Sur pueden contribuir de forma decisiva a comprometer a los explotados de todo el mundo en esta vía, la única compatible tanto con los derechos humanos como con los límites terrestres.

7.A contracorriente, hacer converger las luchas para romper con el productivismo capitalista. Tomar el gobierno, iniciar la ruptura ecosocialista basada en la autoactividad, la autoorganización, el control desde abajo, la más amplia democracia...

La economía, el Estado, la política de la burguesía y sus relaciones internacionales están profundamente afectados por el callejón sin salida ecosocial en el que la acumulación capitalista y el saqueo imperialista han sumido a la sociedad. En todo el mundo, los explotados y los oprimidos están sumidos en una profunda angustia.

Los movimientos de resistencia se desarrollan a contracorriente. Incluso en contextos extremadamente difíciles, la gente defiende sus derechos sociales, democráticos, antiimperialistas, ecológicos, feministas, LGBTQI, antirracistas, indígenas y campesinos. Se han conseguido algunas victorias notables: victoria de los campesinos indios contra el gobierno de Modi, victoria de los zadistas en Francia contra el aeropuerto de Notre-Dame-des-Landes, victoria de las mujeres en la lucha por el aborto en Argentina, victoria de los Sioux en EEUU contra el oleoducto XXL... Pero el enemigo está a la ofensiva y muchas luchas son derrotadas. Nuestra tarea, como militantes de la IV Internacional, es ayudar a organizar y extender las luchas, aportando nuestra perspectiva ecosocialista e internacionalista.

El productivismo de las fuerzas hegemónicas de la izquierda, partidos y sindicatos, es un serio obstáculo en el camino hacia una respuesta ecosocialista a la altura de la situación objetiva. La mayoría de las direcciones han abandonado cualquier perspectiva anticapitalista. La socialdemocracia y todas las demás variantes del reformismo se han vuelto social-liberales: sólo ambicionan aportar algunas correcciones sociales al mercado dentro de los límites del marco neoliberal. La mayoría de las direcciones de las grandes organizaciones sindicales se limitan a acompañar las políticas neoliberales con la ilusión de que el crecimiento capitalista mejorará el empleo, los salarios y la protección social. En lugar de organizar una toma de conciencia del impasse ecosocial, estas políticas de colaboración de clases lo profundizan y ocultan su gravedad.

Afortunadamente, algunas fuerzas políticas y corrientes sindicales -sobre todo en Europa, Estados Unidos y América Latina- empiezan a distanciarse del productivismo y el neoliberalismo. En los sindicatos, los activistas conscientes del desafío ecológico han hecho avanzar el concepto de "transición justa". La socialdemocracia y los dirigentes sindicales de la CSI lo han secuestrado en la dirección de apoyar el productivismo y la competitividad empresarial. La clase dominante es experta en manipulación. Así es como la "transición justa" se ha unido al "desarrollo sostenible" en los discursos de los gobiernos que pisotean la justicia y organizan la insostenibilidad.

En los países capitalistas "desarrollados", las filas de las fuerzas tradicionales se han visto reforzadas por los partidos verdes. Tuvieron que pasar cuatro décadas para que la gran mayoría de estos partidos se unieran a la capa de los gestores políticos del capitalismo. Su pragmatismo basado en la responsabilidad individual de los consumidores se extiende en la sociedad civil a través de numerosas asociaciones ecologistas. Permitió a la socialdemocracia y a las direcciones sindicales tradicionales disfrazar su colaboración de clase en defensa del "mal social menor" frente a las ecotasas y otras soluciones supuestamente "realistas" de una ecología "ni de izquierdas ni de derechas".

En otras partes del mundo, aunque todavía minoritario, el ecosocialismo empieza a ganar influencia en los movimientos sociales y en la izquierda radical. Algunas experiencias locales importantes -en Mindanao, Rojava y Chiapas, entre otras- tienen afinidades con la perspectiva ecosocialista. Sin embargo, el crecimiento capitalista sigue apareciendo falsamente para la mayoría como la única forma de mejorar las condiciones sociales.

Las revoluciones árabes crearon una situación potencialmente favorable para tener en cuenta los retos ecológicos, porque los pueblos de esta región se enfrentan a ellos duramente. Por desgracia, la mayoría de estas revoluciones fueron aplastadas sin piedad por las fuerzas reaccionarias de la región, con el apoyo de sus respectivos aliados imperialistas.

En América Latina, a pesar de la retórica inspirada en la cosmovisión de los pueblos indígenas, los gobiernos progresistas no han logrado establecer hitos significativos hacia un desarrollo alternativo, sin deforestación, extractivismo ni combustibles fósiles. La valiente resistencia de los

pueblos indígenas no ha impedido que el gobierno del fascista Bolsonaro lleve la destrucción de la Amazonía a niveles sin precedentes, tal y como exige el agronegocio.

Más allá de los abominables crímenes contra el pueblo ucraniano y su derecho a la existencia, la guerra de Putin contra Ucrania pretendía consolidar un imperialismo brutal, basado en la explotación sin trabas de los recursos naturales. Los oligarcas rusos, las monarquías petroleras, otros Estados y los poderosos intereses de la industria energética y criminal constituyen una alianza reaccionaria, machista, homófoba y anticientífica que pretende influir en la opinión pública para prolongar todo lo posible la explotación de los combustibles fósiles.

El partido comunista chino pretende mostrar a los países del Sur que pueden escapar a la dominación y desarrollarse entrando en las Nuevas Rutas de la Seda. En realidad, en nombre del antiimperialismo barato, su proyecto de hegemonía capitalista mundial es uno de los principales motores de la destrucción ecológica. Su récord como primer emisor mundial de gases de efecto invernadero muestra la necesidad de los países del Sur de un modo alternativo de desarrollo. La generalización planetaria del "progreso" a la china asestaría un golpe mortal a los derechos democráticos y a los equilibrios ecológicos, a costa de los pueblos.

Dada la profundidad de la crisis y del descalabro, existe un riesgo real de ver una tendencia creciente en las clases trabajadoras a sacrificar los objetivos ecológicos en el altar del desarrollo, la creación de empleo y el aumento de los ingresos. Esta tendencia no haría sino acelerar la catástrofe de la que esas mismas clases son ya las primeras víctimas y ahondaría la pérdida de legitimidad de los sindicatos. También crearía un terreno fértil para los intentos neofascistas de maquillar de verde los proyectos racistas, colonialistas y genocidas. Los migrantes que huyen de sus tierras devastadas son los principales objetivos de estas campañas de odio.

El proyecto socialista está profundamente desacreditado por los antecedentes del estalinismo y la socialdemocracia. Es a partir de las luchas que debemos reinventar una alternativa, no a partir de dogmas.

¿Quién está hoy en primera línea del movimiento real? Los pueblos indígenas, los jóvenes, los campesinos, las personas racializadas que pagan un alto precio por la destrucción social y ecológica. En estos cuatro grupos, las mujeres desempeñan un papel decisivo, en relación con sus reivindicaciones específicas, ecofeministas, por las que luchan y se organizan de forma autónoma.

La organización campesina Vía Campesina demuestra que es posible combinar la defensa de los derechos de los campesinos pobres y los pueblos indígenas, la lucha contra el extractivismo y la agroindustria, la lucha por la soberanía alimentaria y la preservación de los ecosistemas con el feminismo.

La gran mayoría de los asalariados están ausentes o retirados de las luchas antiproductivistas. Algunos deducen que la lucha de clases está superada, o que debe librarla una "clase ecológica" que sólo existe en su imaginación. Pero detener la catástrofe sólo es posible sustituyendo la producción de mercancías por la producción de valores de uso, determinados democráticamente. ¿Cómo sería posible esta revolución en el modo de producción de la existencia social sin la participación activa y consciente de los productores? Además ellos son la mayoría....

Otros, por el contrario, deducen que es necesario esperar el momento en que la masa de trabajadores en lucha por sus reivindicaciones socioeconómicas inmediatas haya alcanzado el nivel de conciencia que le permita participar en la lucha ecológica en una "línea de clase". Sin embargo, ¿cómo integraría a tiempo el nivel de conciencia de la masa de asalariados las cuestiones ecológicas si no llega ninguna lucha social importante que sacuda el marco productivista en el que la masa de asalariados, cada vez más a la defensiva, plantea espontáneamente sus reivindicaciones socioeconómicas inmediatas?

La lucha de clases no es una fría abstracción. "El verdadero movimiento que suprime el actual estado de cosas" la define y designa a sus actores. Las luchas de las mujeres, las personas LGBTQI, los pueblos oprimidos, los pueblos racializados, los migrantes, los campesinos y los pueblos indígenas por sus derechos no se sitúan al lado de las luchas de los trabajadores contra la explotación del trabajo por los patrones. Forman parte de la lucha de clases viva.

Forman parte de él porque el capitalismo necesita la opresión patriarcal de las mujeres para maximizar la plusvalía y garantizar la reproducción social a menor coste; necesita la discriminación de las personas LGBTQI para validar el patriarcado; necesita el racismo estructural para justificar el saqueo de la periferia por el centro; necesita "políticas de asilo" inhumanas para regular el ejército industrial de reserva; necesita someter al campesinado a los dictados de la agroindustria productora de comida basura para comprimir el precio de la fuerza de trabajo; y necesita eliminar la relación respetuosa que aún mantienen las comunidades humanas en su interior y con la naturaleza, para sustituirla por su ideología individualista de dominación, que transforma lo colectivo en autómata y lo vivo en cosa muerta.

Todas estas luchas y las de los trabajadores contra la explotación capitalista forman parte de la misma lucha por la emancipación humana, y esta emancipación sólo es realmente posible y digna de la humanidad en la conciencia del hecho de que nuestra especie pertenece a la naturaleza al tiempo que tiene, debido a su inteligencia específica, la responsabilidad, ahora ineludible y vital, de cuidarla con esmero. Tal es para nosotros, en efecto, la implicación estratégica que se deriva del hecho de que la fuerza destructiva del capitalismo haya introducido al planeta en una nueva era geológica.

Este análisis es la base de nuestra estrategia de convergencia de las luchas sociales y ecológicas.

Esta convergencia de las luchas no debe limitarse a la búsqueda, entre movimientos sociales, o entre aparatos de movimientos sociales, del mayor denominador común en términos de reivindicaciones. Esta concepción puede implicar la desatención de ciertas reivindicaciones de ciertos grupos - en detrimento de los más débiles entre ellos - es decir... lo contrario de la convergencia.

La convergencia de las luchas sociales y ecológicas incluye todas las luchas de todos los actores sociales, desde los más avezados hasta los más vacilantes. Es un proceso de articulación dinámica, que eleva el nivel de conciencia mediante la acción y el debate, en el respeto mutuo . Su objetivo no es la determinación de una plataforma fija, sino la constitución de la unidad de combate de los explotados y los oprimidos en torno a reivindicaciones concretas que abran una dinámica que apunte a la conquista del poder político y al derrocamiento del capitalismo en el mundo entero.

En la práctica, la convergencia ecosocial de las luchas implica sobre todo, hoy, que los sectores más conscientes de las amenazas ecológicas se dirijan a los sectores más conscientes de las amenazas sociales, y viceversa, para superar juntos la falsa oposición capitalista entre lo social y lo ecológico.

En este planteamiento, desempeña un papel esencial la defensa de un ecosindicalismo a la vez clasista y antiproductivista, basado en las preocupaciones concretas de los trabajadores por la preservación de su salud y su seguridad en el trabajo y en el papel de alerta sobre los daños a los ecosistemas y el peligro de la producción que mejor pueden desempeñar.

Como activistas ecosocialistas, fomentamos la resistencia en el lugar de trabajo mediante la huelga y todas las iniciativas que promuevan la organización y el control de los trabajadores. Trabajamos para fortalecer las movilizaciones combinando la extensión de la huelga, la masificación de las manifestaciones, promoviendo todas las formas de autoorganización y

autoprotección de la lucha contra la represión, así como su popularización para contrarrestar las mentiras de los medios de comunicación dominantes y del aparato gubernamental.

También nos inspiran las formas de desobediencia civil, desde el bloqueo de páginas web hasta el boicot al pago de alquileres, que también han demostrado su eficacia.

Las experiencias de las luchas contribuyen a alimentar el debate estratégico.

Las luchas antiproductivistas son diversas, pero en general su punto de partida es muy concreto, a menudo local, en oposición a una nueva infraestructura de transporte (autopista, aeropuerto, etc.), comercial o logística, extractivista (minas, oleoductos, megarepresas, etc.), al acaparamiento de tierras o agua, a la destrucción de un bosque o un río, etc. Es en primer lugar la amenaza a la vida cotidiana, a los medios de subsistencia y a la salud lo que moviliza a la gente, no el discurso general. Al enfrentarse a los responsables políticos, a los grupos capitalistas y a las instituciones que los protegen, al forjar alianzas entre actores con historias y compromisos diferentes, la lucha se hace cada vez más global y política.

Estas combinaciones de luchas ancladas en un territorio concreto con un objetivo preciso y un combate general existen en todo el mundo y forman una nueva realidad política llamada "Blockadia".

En Francia, contra el proyecto de aeropuerto de Notre-Dame-des-Landes, la convergencia de agricultores, jóvenes militantes radicales y vecinos obtuvo el apoyo de la población y de los sindicalistas, incluidos los de la concesionaria, y condujo a la victoria. la estrategia del Soulèvement de la Terre. Ha permitido así, a partir de la cuestión de las megabasenas (enormes embalses de agua para el riego de cultivos industriales), plantear la cuestión del agua como un bien común que hay que preservar frente a su monopolización por la agroindustria.

La formación de una conciencia de clase ecosocialista implica una convergencia en las luchas en las que los (jóvenes) científicos pueden contribuir utilizando y compartiendo sus conocimientos (agronómicos, climáticos, naturalistas...).

Los comités de huelga, los centros de salud comunitarios, las tomas de empresas, las ocupaciones de tierras, los espacios de vida autogestionados, los talleres de reparación, los comedores, las bibliotecas de semillas, etc., permiten experimentar una organización social libre del capitalismo. Permiten a quienes están privados de poder político y económico experimentar su poder e inteligencia colectivos. Contradiciendo las ilusiones sobre una posible derivación o ajuste del sistema, tarde o temprano se enfrentan al Estado y al mercado capitalista, demostrando que es imposible prescindir del poder político y del necesario derrocamiento del sistema. Sin embargo, al establecer, aunque sea temporalmente, otra legitimidad, popular, solidaria y democrática, las alternativas concretas permiten a los dominados tomar conciencia de sus propias fuerzas y trabajar por la construcción de una nueva hegemonía.

Más globalmente, la construcción de órganos autoorganizados de poder popular es el núcleo de nuestra estrategia.

La crisis sistémica del "capitalismo tardío", dominado por las finanzas transnacionales, alimenta a la vez una repugnancia ante los fenómenos de decadencia del régimen burgués y un sentimiento de impotencia ante el profundo deterioro, tanto cuantitativo como cualitativo, de la relación de fuerzas entre las clases. En este contexto, la cuestión del gobierno adquiere una importancia creciente. La toma del poder político es un requisito previo para la aplicación de un plan que inicie una política de ruptura, pero los últimos años han mostrado las ilusiones mortales de los proyectos políticos que explotan las aspiraciones populares, canalizan las movilizaciones, incluso las sofocan en nombre de la realpolitik, y refuerzan así a la extrema derecha.

No hay atajos. Una estrategia ecosocialista de ruptura implica la lucha por la formación de un gobierno sobre la base del plan de transición y la promoción sistemática de la autoactividad, el control y la intervención directa de los explotados y oprimidos a todos los niveles, porque ninguna medida consecuente contra la explotación, la opresión y la destrucción de los ecosistemas se impondrá sin un equilibrio de poder basado en esta autoorganización.

La autoemancipación no es sólo nuestro objetivo, sino también una estrategia para derrocar el orden establecido. Hay que construir nuevas instituciones para deliberar, para decidir democráticamente, para organizar la producción y el conjunto de la sociedad... Estos nuevos poderes tendrán que enfrentarse a la máquina estatal capitalista, que hay que romper. El derrocamiento del orden social, la expropiación de los capitalistas, chocará inevitablemente con la respuesta violenta y armada de las clases dominantes. Frente a esta violencia, los explotados y los oprimidos no tendrán más remedio que defenderse, se tratará de autoorganizar democráticamente la violencia legítima rechazando el virilismo y el sustitutismo.

Reflexionar y actuar, construir luchas y herramientas de lucha, comparar experiencias y aprender de ellas: La realización internacional de esta inmensa tarea requiere una herramienta política, una nueva Internacional de los explotados y oprimidos. A través de este Manifiesto, la Cuarta Internacional expresa su voluntad de contribuir a responder a este desafío.